

---

## Apuntes a un libro de Héctor Ghiretti sobre la izquierda

LUIS FRAGA EGUSQUIAGUIRRE\*

**D**EL mismo modo que Borges se preguntaba, no sin alguna ironía, si la metafísica no era sino «una rama de la literatura fantástica», surge a veces la duda sobre en qué parcela del saber se podrían incluir los innumerables libros que, desde su surgimiento como categorías políticas, se siguen escribiendo sobre «la izquierda» y «la derecha». La respuesta ortodoxa a esta cuestión no vacilará en adscribir tales textos al género del «ensayo político», igual que para la escolástica la metafísica siempre ha sido parte del quehacer filosófico. En principio cabe, por lo tanto, calificar de ensayo político el interesante libro que hace algo más de un año ha publicado Héctor Ghiretti sobre «La izquierda» (2002), en cuyas páginas se recopilan algunos trabajos de este autor italo-argentino sobre diversos pensadores encuadrables en dicho campo ideológico.

Se trata, digámoslo de antemano, de un texto sumamente útil. Que en un solo volumen se resuman las tesis aportadas por Aron, Habermas, Bobbio, o Rorty es, de por sí, una magnífica introducción, para quienes no los hayan leído, a la obra de estos autores, mientras que, para quienes ya los conocen, el trabajo incluye otros textos en los que Ghiretti calibra las ideas de figuras menos conocidas como Kolakowski, o incluso Agnoli; también analiza la obra y la trayectoria de un español (Tierno Galván), lo cual es siempre de agradecer, sin que tampoco se echen en falta sendas reflexiones sobre los escritos de Lenin y Stalin. La nómina de ensayistas estudiados por Ghiretti se completa con dos interesantes artesanos

---

\* Luis Fraga Egusquiaguirre es licenciado en Derecho.

de la utopía: Spaemann («Una perspectiva antropológica y moral»; esta abstracta pincelada freudiana en torno al principio del placer no ha de faltar en un análisis sobre la izquierda) y Molnar («Thomas Molnar y el gnosticismo moderno»).

En su libro, Ghiretti se propone por lo menos dos objetivos. En primer lugar, resumir la obra, el pensamiento, e incluso las vicisitudes personales y políticas de los mencionados autores. Para ello no se limita a trazar un mero resumen de las ideas de cada uno de ellos, sino que, al contrastarlas con las de otros clásicos, logra que el conjunto de la reflexión y las valiosísimas notas a pie de página se conviertan en una excelente herramienta de referencia para quien desee profundizar en uno u otro detalle de la inmensa bibliografía existente sobre el tema. El segundo objetivo de Ghiretti es señalar las limitaciones de cada uno de los pensadores estudiados, que son, claro está, las limitaciones del pensamiento de izquierdas. Ya el subtítulo del libro dista de llamar a engaño: «La Izquierda: usos, abusos, confusiones y precisiones». Con tal fin, y como si de la búsqueda de un Grial de la izquierda se tratase, Ghiretti procura poner de manifiesto cuál es, para cada autor sometido a crítica, el elemento clave que caracteriza al «verdadero pensamiento de izquierdas». Veamos: para Aron («Raymond Aron y el Mito de la Izquierda»), esta piedra angular estaría constituida, más allá de los clásicos valores de libertad e igualdad, por un núcleo eterno y simbólico: «la única izquierda» —escribe Aron— «siempre fiel a sí misma es aquella que invoca no la libertad o la igualdad, sino la fraternidad, es decir, el amor». Muy bien. Pero entonces el «núcleo de la izquierda» habría que buscarlo en los Evangelios. Y no en Marx. No en vano se ha llegado a afirmar, en relación con la izquierda del XX en Rusia, que «el comunismo es un cristianismo que se ha vuelto loco». El esencialismo de Aron, por lo tanto, le haría perderse en su propio laberinto. Ghiretti concluye: «Aron es un hombre de izquierda, bien que de una izquierda *antigua* y, por lo tanto, empujada *a la derecha*: esta comprobación debería haber alertado en mayor medida al autor sobre el carácter dinámico del concepto». En el capítulo siguiente, Bobbio es retratado con algo menos de simpatía. Da la impresión, al leerlo, de que Bobbio (quien cifra la esencia de lo que es izquierda en la «igualdad») no habría tratado sino de explicarse a sí mismo cuál es en verdad su propia posición. Cabe añadir, en defensa de Bobbio, que su libro en cuestión («Dere-

cha e Izquierda» (1995); Ghiretti cita el original italiano) no es, en cualquier caso, su mejor trabajo. Aunque, como bien se señala, «si cabe atribuir algún mérito indiscutible al esfuerzo teórico de Bobbio, éste es el de la demoledora argumentación a favor de la vigencia del binomio [izquierda y derecha] en el escenario político actual».

No mejor parados salen otros dos héroes de nuestro tiempo: Habermas («La izquierda emancipatoria; el proyecto político de la Modernidad en Jürgen Habermas») y Rorty («Del reformismo social al radicalismo crítico: Richard Rorty y la restauración de una izquierda militante»). Del primero queda claro que no acaba de entenderse su rechazo y aversión hacia el poder, porque con ello se negaría la posibilidad, esencial para la izquierda, de la igualdad impuesta desde aquél. Desde una óptica de izquierdas, «la emancipación» lograda giraría en el vacío. En cuanto a Rorty, tan cuidadosamente elogiado en los últimos años por un sector de la intelectualidad española de izquierdas (recordemos, entre otros, los excelentes comentarios que a su obra ha hecho Rafael del Águila), la conclusión que parece extraerse del texto de Ghiretti lo encuadraría en el perfil intelectualmente voluntarista de una «nueva izquierda» que, aunque logre en parte desmarcarse de restos de la antigua, lo hace semi-confundiéndose con algunas manifestaciones de la «nueva derecha»: nada más lógico en un pragmatista, pero de poca utilidad si lo que se buscan son ideas claras.

Laberinto, pues. Sobre todo para quienes, de buena fe, por «sentimiento» o por «creencia» (es espléndido que Ghiretti introduzca en su reflexión ambos términos, el segundo tan emparentado con la noción de «Teología Política» que conocen los lectores de Carl Schmitt) se siguen considerando «de izquierdas».

Recapitemos: la izquierda, para Bobbio (igual que para Aleix Vidal Quadras, cuyo libro «Qué es la Derecha» Ghiretti no cita) se cifraría en el concepto de «igualdad». Aron, ya se sabe, no da en la diana; el siempre sobrevalorado Habermas, menos aún. Rorty, el pragmatista, nos habla, ¡ay!, de otro planeta. En cuanto a Stalin y Lenin, más vale ahorrarse comentarios. Y, sobre los dos utopistas mencionados, baste con esbozar una sonrisa de amable simpatía. Claro está, por otro lado, que el texto de Ghiretti se limita a la obra de unos pocos autores entre los que no figuran ni Marx, ni Mao, ni Engels ni Gramsci. Ello es debido a que el libro

en cuestión es, no lo olvidemos, una recopilación de artículos publicados por él mismo con anterioridad; al parecer, el autor está preparando una obra más amplia, más transversal, sobre el conjunto del pensamiento de izquierdas, y tal vez en ella se eche mano de un recurso eficaz: el contraste de estas ideas con otras no necesariamente opuestas que han sido desarrolladas por autores de «la derecha»; ahí tal vez se encuentren algunas de las claves «a través del espejo en el enigma» que puedan contribuir a dar nitidez a los conceptos que estamos tratando.

Y es que las preguntas, en cualquier caso, siguen estando abiertas: ¿Qué es, hoy, la «derecha»? ¿Qué es, hoy, la «izquierda»? ¿Qué sentido tiene, en nuestros días, tal distinción? ¿Será en el futuro sustituida por otra y, de ser así, será ésta también dualista? No hace falta pensar mucho para afirmar que ninguna de estas cuestiones tiene, en el campo de las ideas, una respuesta fácil. Ni, tampoco, clara. Si ya es difícil no ya definir, sino incluso trazar una caracterización general de lo que es el poder político (desde Santo Tomás a Max Weber lo han intentado), mucho más lo es hacerlo con dos conceptos, «derecha» e «izquierda», que, además de ser cambiantes en el tiempo, en lo esencial se refieren a conjuntos de principios, valores, doctrinas y teorías sobre los diversos modos de concebir o aplicar el poder político y las consecuencias de éste sobre las personas. Es más: mientras que a la duda sobre qué es el «Poder Político» cabe aplicarle lo que San Agustín dijo sobre el tiempo («si alguien me pregunta, lo sé, si se me pide que lo explique, no puedo»), en cambio a veces da la impresión de que ni siquiera esta respuesta o evasiva sería válida para referirse a la «izquierda» o, en expresión de Gustavo Bueno, a «las izquierdas», cuya común característica invariable precisamente consiste en que se trata de nociones sumamente variables.

Y si esto es así en las distancias largas de la teoría, mucho más confuso (aunque no más complejo) se presenta el panorama en la corta distancia de los hechos. En efecto: ¿Realiza en nuestros días el laborista Blair una política de izquierdas? ¿Lo hace el socialdemócrata Schröder? ¿Es de izquierdas, como sorprendentemente se ha llegado a afirmar, bajar los impuestos? El galimatías conceptual es evidente. Y uno de sus resultados lo vemos en las librerías: no hay mes en el que no aparezca un nuevo libro en busca de una nueva reflexión sobre la izquierda. Por otro lado, el debate en la prensa escrita es amplísimo, y de él tal vez se pueda desta-

car como todo un síntoma el texto que hace algo más de un año publicó Ignacio Sotelo, (sin duda una de las más lúcidas cabezas de la izquierda española) en el que de su pedestal se derribaba nada menos que a «la igualdad» como uno de «Los dos mitos del siglo XX».

Así las cosas, y si volvemos a la pregunta sobre en qué género incluir los textos, abundantes según se comprueba, que teorizan sobre «la izquierda», cabe proponer, sobre esta línea de trabajo, dos respuestas algo menos ortodoxas. La primera se basa en el transcurso del tiempo y en cómo éste pone, al parecer, las cosas en su sitio. ¿Qué valor tiene hoy la antigua querrela dualista entre nestorianos y monofisitas? ¿O entre güelfos y gibelinos? Quien quiera profundizar en éstos y en otros dualismos del pasado no vacilará sobre los libros a los que ha de echar mano. Que son, como todos sabemos, los de Historia.

Ahora bien: da la impresión de que todavía tendremos que esperar varias generaciones –y quién sabe si incluso siglos– para que la oposición derecha/izquierda quede relegada, en lo político, al estatuto de vieja querrela del pasado. No sólo se sigue hablando de izquierdas y derechas, sino que se refuerza el carácter mutable y dinámico de lo que por unas y otras se entiende. Y es que la disminución en la frecuencia del empleo de ambos términos durante los años que siguieron a la demolición del Muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética fue, además de aparente, transitoria. En efecto, pasado el desconcierto inicial, la vigencia de la contraposición ha vuelto a cobrar fuerza en torno al cambio de milenio. Impulsada, como es sabido, desde la izquierda. Aunque bien es verdad que con una faz renovada: estos propagandistas parecen haber elegido ahora dos nuevos ámbitos políticos. Por un lado, el de la conservación (quién lo diría) del Medio Ambiente. Como si fuese terreno exclusivo de una sola ideología. Por otro, el de las Relaciones Internacionales: ahora los «oprimidos» no serían por lo visto los integrantes de una clase social, sino, según nos dicen, pueblos enteros «excluidos del reparto de riquezas en el mundo de la globalización». Como si la causa de las desigualdades obedeciese tan sólo a un diabólico designio neocolonial de los «opresores», y no más bien a una debilidad en las instituciones estatales y de la sociedad en determinados lugares. Llama la atención, aunque no sorprenda, el hecho de que las nuevas tecnologías de Internet y de telefonía móvil (es decir, el verdadero sustrato de la llamada globalización,

que es un fenómeno de cuño tecnológico) sean el medio por el que ahora se convocan tanto las manifestaciones «antiglobalización» como sus primas hermanas que bajo loables lemas pacifistas no siempre es ésta, sino más bien otra, y del todo distinta, la intención que persiguen.

Por lo tanto: no son, de momento, los libros de Historia, el género literario en el que han de encuadrarse las publicaciones sobre derechas e izquierdas. Como bien señalaba Bobbio y Ghiretti nos recuerda, la antinomia no ha perdido vigor. Busquemos, pues, otra respuesta a la pregunta sobre cómo clasificar los libros sobre el binomio. Sobre ella nos da una pista el propio Borges en su relato «Los Teólogos», que narra la atroz discusión que en el Imperio Bizantino mantienen dos aspirantes a la santidad. Se enfrentan entre sí dos modos en apariencia distintos de entender el Bien y el Mal. Ambos teólogos, claro está, no discuten sobre si la esencia de la izquierda era la igualdad, la libertad, la emancipación o el progreso. Aún no había nacido esta creencia. Que, como casi todas, es un producto de su época. Y es que «la izquierda» (y con ella «la derecha»), es la resultante de la exacerbación de la fe en otra diosa; ésta, cuyo atributo son «Las Luces», es del siglo XVIII: La Razón. La misma cuyas sombras acierta a dibujar el Goya escritor de aforismos. He aquí, pues, el centro del laberinto: derecha e izquierda como productos de la Ilustración. De aquí su fuerza. Su vigencia, Y, por supuesto, sus limitaciones. Que no son sólo las de la Modernidad. Recordemos el final del relato de Borges: uno de los teólogos consigue que el otro sea quemado como hereje, pero no logra escapar al mismo destino: poco después es abrasado por un rayo. Ambos se encuentran en el Cielo y por fin comprenden que, para Dios, el uno no podía existir sin el otro. Cada cual puede extraer sus consecuencias de la metáfora de Borges.

BIBLIOGRAFÍA

- Bobbio, N. (1995): *Derecha e Izquierda*. Taurus, Madrid.  
 Ghiretti, H. (2002): *La izquierda*, Ariel, Barcelona.